

# Mons. Jacinto Vera y los fieles católicos

Contribución documental para el conocimiento de las relaciones entre el Pastor y su pueblo

---

*Tomás Sansón Corbo*<sup>1</sup>

## Resumen

Existe consenso entre los autores católicos (teólogos, historiadores, filósofos) en destacar las virtudes evangélicas de Mons. Jacinto Vera en la práctica de su ministerio. Esta certidumbre parte de la tradición eclesíastica nacional y de la información disponible en fuentes oficiales. El objetivo de este artículo es analizar el carácter de los vínculos establecidos por parte del Venerable Siervo de Dios con su pueblo. Interesa, en particular, conocer qué percepción tenían los fieles de la persona y de la labor de su obispo. El abordaje metodológico es de carácter cualitativo. Se focaliza en los registros de dos visitas pastorales realizadas por Vera a la Parroquia de Melo (1867 y 1876) –consignadas en los libros de registros de bautismos– y en una selección de cartas remitidas por fieles católicos –custodiadas en el Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo–.

---

1 El autor es Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (Argentina) y Licenciado en Historia por la Universidad de la República (Uruguay). Actualmente es docente, en Régimen de Dedicación Total, de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República y miembro activo del Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (SNI-ANII). slbt@hotmail.com

## Introducción

En el territorio que conforma actualmente la República Oriental del Uruguay la colonización fue tardía y el proceso de evangelización tuvo carácter epidémico. Durante el período colonial no existieron condiciones favorables para la implantación de instituciones eclesiásticas sólidas. La dependencia jerárquica del obispado de Buenos Aires ejerció un efecto ralentizador sobre el clero residente en la Banda Oriental. Faltó la presencia del obispo, principal animador de las comunidades y servicios religiosos.

En 1830 se logró la independencia jurídica del Estado Oriental. Dos años después el Papa Gregorio XVI creó el Vicariato Apostólico del Uruguay y designó como titular al Pbro. Dámaso Antonio Larrañaga. Los sucesivos vicarios debieron enfrentar múltiples dificultades relacionadas con la inestabilidad política del país, los frecuentes roces con el gobierno, la escasez de sacerdotes y la confrontación con masones y racionalistas.

El Padre Jacinto Vera fue nombrado vicario el 4 de octubre de 1859. Asumió su cargo en un momento particularmente difícil. El 26 de enero de 1859 el presidente Gabriel Pereira había decretado la expulsión de los jesuitas por manifestaciones antimasonicas de algunos de sus miembros. Durante los primeros años de su administración, Vera debió enfrentar una serie de conflictos que tensaron la relación con la masonería y generaron acontecimientos disruptivos –municipalización de los cementerios (1861), destierro del vicario (1862-1863)– que pautaron el comienzo del proceso de secularización.<sup>2</sup>

De manera paulatina la relación entre Iglesia y Estado se hizo más compleja. Se aprobaron una serie de normas lesivas para la Iglesia, pero hubo dos particularmente importantes: las leyes de Registro de Estado Civil (1879) y de Matrimonio Civil Obligatorio (1885).

Tanto el clero como los sectores ilustrados del laicado nacional percibían que era necesario jerarquizar la institución y dotar a su máxima autoridad de

---

2 La secularización fue un lento pero sostenido proceso de diferenciación de campos de influencia, jalonado por una serie de enfrentamientos entre la Iglesia y el Estado. Se desarrolló durante las últimas cuatro décadas del siglo XIX y comienzos del XX, coincidiendo con la modernización del país. Ha sido estudiado por diversos autores, entre los que destacan: Carlos Zubillaga y Mario Cayota, *Cristianos y cambio social* (Montevideo: CLAEH - EBO, 1982); José Pedro Barrán, *Iglesia Católica y burguesía en el Uruguay de la modernización (1860-1900)* (Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias, 1988); Gerardo Caetano y Roger Geymonat, *La secularización uruguaya. Catolicismo y privatización de lo religioso (1859- 1919)* (Montevideo: Taurus, 1997).

la dignidad y poderes jurisdiccionales para enfrentar los embates anticlericales. Estas aspiraciones fueron parcialmente satisfechas el 16 de julio de 1865 cuando el Papa Pío IX consagró a Vera obispo titular de Megara “*in partibus infidelium*”. Otro hito fundamental de este proceso fue en 1878 con la transformación del vicariato en diócesis. Vera se convirtió en el primer obispo de Montevideo, con autoridad sobre todo el territorio nacional.

Don Jacinto desempeñó un rol trascendente en la organización de la iglesia uruguaya. Luego de su participación en el Concilio Vaticano I desarrolló una acción muy intensa. Estimuló el ingreso al país de congregaciones religiosas como bayoneses, salesianos, capuchinos, vicentinas y jesuitas, entre otros. Contó incondicionalmente con el respaldo de los jesuitas y salesianos. Generó las condiciones para la creación de un clero nacional y promovió a un grupo de clérigos jóvenes (los hermanos Rafael e Inocencio Yéregui, Mariano Soler, Ricardo Isasa, Norberto Betancur, entre otros). Estimuló la fundación de medios de prensa como el semanario *El Mensajero del Pueblo* —que apareció entre 1871 y 1877— o el periódico *El Bien Público* —fundado en 1878 por Juan Zorrilla de San Martín, que siguió imprimiéndose buena parte del siglo XX— con el objetivo de enfrentar a la prensa liberal y difundir la doctrina cristiana. Apoyó, en 1875, la creación del Club Católico, institución que pretendía reunir a la juventud católica y brindarle un ámbito de estudio y formación para luchar contra el anticlericalismo reinante en la Universidad.

La figura del clérigo, su gestión —como vicario primero y obispo después—, así como sus virtudes evangélicas han sido ampliamente estudiados tanto en textos biográficos como en otros, de carácter general, referidos a la historia de la Iglesia uruguaya.

De los opúsculos dedicados específicamente a la vida de Vera se destaca la *Biografía del Ilmo. y Revmo. Don Jacinto Vera y Durán, primer Obispo de Montevideo*, del Pbro. Lorenzo Pons.<sup>3</sup> Es resultado de una investigación realizada a pedido de Mons. Mariano Soler en 1892. La trama recorre la historia de la Iglesia hasta la muerte de Vera. Se reconstruyen acontecimientos importantes, contextualizados en el escenario rioplatense, en base a una documentación amplia y a testimonios orales.

Las obras panorámicas referidas a la evolución de la Iglesia también ofrecen información relevante. Una de las más significativas, sin afán de realizar una enu-

3 Lorenzo Pons, *Biografía del Ilmo. y Revmo. Don Jacinto Vera y Durán, primer Obispo de Montevideo* (Montevideo: Talleres A. Barreiro y Ramos, 1905).

meración exhaustiva, es *La Iglesia en el Uruguay. Libro conmemorativo en el primer centenario de la erección del Obispado de Montevideo. Primero en el Uruguay. 1878-1978*.<sup>4</sup> Reúne aportes de varios autores referidos a la historia de la Arquidiócesis de Montevideo. Fue realizado por iniciativa de Mons. Carlos Parteli.

En los últimos años se han publicado varias obras relacionadas con Vera debido a la notoriedad que alcanzó su figura por las noticias vinculadas con su proceso de canonización. Deben mencionarse la novela histórica *Don Jacinto Vera, el misionero santo* (2010), de Laura Álvarez Goyoaga<sup>5</sup> –obra original, muy bien escrita, que contribuyó a divulgar la figura del prelado a un público más amplio que el de los fieles católicos–; la erudita recopilación documental y reconstrucción biográfica *Hyacinthi Vera. Episcopi Montisvidei (1813-1881). Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis* (2012) de Mons. Alberto Sanguinetti<sup>6</sup> –elaborada en orden a promover su causa de canonización–; los opúsculos *Varela y Vera. Dos visiones sobre la religión en la escuela* (2011)<sup>7</sup>, *La Memoria del justo será eterna. Notas para el Bicentenario del nacimiento de Mons. Jacinto Vera* (2013)<sup>8</sup> y *Libre sin licencia y súbdito sin servidumbre. Mons. Jacinto Vera: Hechos y Palabras* (2022)<sup>9</sup> del Pbro. Gabriel González Merlano –obras de investigación dedicadas a explorar diversos aspectos de la vida y acción del personaje–.

Los autores son contestes en destacar la personalidad de Mons. Vera a partir de su práctica del ministerio sacerdotal y episcopal, su labor misionera, gestos de abnegación y sacrificio. El propósito de este artículo es analizar esas virtudes desde otra perspectiva: la de sus vínculos con el pueblo católico.

Se plantea un ensayo metodológico que procura tensar el arco heurístico apelando a dos recursos equidistantes: el registro de dos visitas pastorales realizados a la Parroquia Nuestra Señora del Pilar y San Rafael de Melo en los años 1867

4 Instituto Teológico del Uruguay “Mons. Mariano Soler”, ed., *La Iglesia en el Uruguay. Libro conmemorativo en el primer centenario de la erección del Obispado de Montevideo. Primero en el Uruguay. 1878-1978* (Montevideo: ITU, 1978).

5 Laura Álvarez Goyoaga, *Don Jacinto Vera, el misionero santo* (2010) (Montevideo: Sicut Serpentes - Doble Clic, 2010).

6 Dicasterium de Causis Sanctorum. *Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis Hyacinthi Vera* (Montevideo: 2012), 3 vol.

7 José Gabriel González Merlano, *Varela y Vera. Dos visiones sobre la religión en la escuela* (Montevideo: Tierra Adentro Ediciones, 2011).

8 José Gabriel González Merlano, *La Memoria del justo será eterna. Notas para el Bicentenario del nacimiento de Mons. Jacinto Vera* (Montevideo: LEA Publicaciones, 2013).

9 José Gabriel González Merlano, *Libre sin licencia y súbdito sin servidumbre. Mons. Jacinto Vera: Hechos y Palabras* (Montevideo: Facultad de Teología del Uruguay Mons. Mariano Soler, 2022).

y 1876, consignadas en los libros de bautismos de la misma, y la exhumación de una serie de cartas remitidas por católicos comunes. No se trata de un relevamiento exhaustivo, sino de una contribución documental. Conviene aclarar que la correspondencia personal constituye, en general, un tipo documental “sincero” que permite conocer la naturaleza de los vínculos establecidos entre el pueblo cristiano y su Pastor. Ni los registros parroquiales ni las cartas se realizaron con criterio de publicidad posterior.

## 1. El celo pastoral por la “salvación de las almas”

En su labor evangelizadora, contó con el apoyo de colaboradores que respaldaron los diversos y complejos aspectos de su gestión episcopal. Uno de ellos, muy poco conocido por la historiografía eclesiástica uruguaya, fue el Padre José Montes y Veiga, cura vicario de la Parroquia de Nuestra Señora del Pilar y San Rafael del Cerro Largo en la villa de Melo.

Montes era originario de Galicia, llegó a Uruguay en 1868. Tenía, en ese momento, treinta y cuatro años. En 1871, luego de un peregrinaje por distintas parroquias, fue destinado a Melo. La parroquia que le tocó administrar tenía problemas edilicios, administrativos y de atención pastoral que sus predecesores (Juan José Guisasola y Urquiza, Tomás Llovet, Santiago Osez, Pablo Toledo y Julián Urquía) no pudieron, no quisieron o no supieron resolver.

El sacerdote gallego era un hombre enérgico y decidido que transformaría completamente la vida de la comunidad. Seguramente, una de las primeras cosas que hizo fue revisar los libros que contenían los registros parroquiales. Encontró en ellos las anotaciones realizadas con motivo de la primera vista pastoral de Vera entre los días 13 de febrero y 1º de marzo de 1867. Vio allí algunos detalles que el Vicario Apostólico le debió comentar personalmente cuando le encomendó el curato. Hay algunos particularmente interesantes en cuanto que reflejan, por un lado, la personalidad y preocupaciones de Vera y, por otro, la diligencia con el que Montes procuró cumplir con sus indicaciones.

El 18 de febrero de 1867, Vera consignó que al revisar los registros «de este Libro 8º de los Bautizados», encontró «al folio 101 una partida sin concluir, dos al folio 103, una al folio 116 y otra al folio 132». En consecuencia, «mando que el actual Cura Vicario D. Santiago Oses practicase las diligencias necesarias para concluir las y después las autorizase». Además, ordenó «que las partidas folio 132

hasta 179 (...), que se hallan sin firmas, fuesen firmadas por el mismo Cura Vicario D. Santiago Osés».<sup>10</sup>

Además de la escrupulosidad manifiesta por Vera en lo referente a los registros, Montes pudo apreciar la dedicación y el esfuerzo que implicó el trabajo misionero. En el libro I de confirmaciones, por ejemplo, consta que administró, el sacramento a unas 500 personas, aproximadamente. Al final de la lista el vicario Osés había alcarado que faltaban «unos 200 que no se han podido leer y otros que no entregaron papeleta».<sup>11</sup>

La información consignada en los libros canónicos de Melo muestra al Obispo de Megara en acción. Predicaba con el ejemplo, sin escatimar tiempo ni esfuerzo en la tarea evangelizadora. Escrupuloso en todo lo relacionado con la administración parroquial exigía prolijidad y esmero a los sacerdotes a quienes les encomendaba la cura de almas.

Montes se convirtió en uno de los más efectivos colaboradores del Vicario Apostólico en el distante curato del noreste del país. Siguió las orientaciones verbales de su prelado y realizó una tarea eficaz a pesar de las dificultades que debió enfrentar, en especial durante los cinco primeros años de su administración. El dinero fue un gran problema: los gastos eran muchos y las entradas pocas. Tomó medidas, especialmente de tipo litúrgicas, para darle solemnidad al culto. Regularizó el personal de la Parroquia (dos sacristanes, un organista y una lavandera) y les otorgó una remuneración mensual fija.

Debíó concentrar mucho esfuerzo en la construcción del nuevo templo. Las funciones religiosas se realizaban en la casa del vecino Ramón Montero, a pocas cuadras del emplazamiento original de la iglesia, que funcionaba como oratorio provisional. Desde su llegada movió cielo y tierra para dignificar el edificio sagrado. Contó con el apoyo decisivo de Tomás Gomensoro, quien durante su gobierno organizó una comisión pro-templo —presidida por el Párroco— a la que entregó 2000 pesos en oro para financiar parte de las obras. Los presos condenados a trabajos forzados aportaron su concurso en la construcción.

También el coronel Lorenzo Latorre, apoyó el proyecto. Montes visitaba todos los días las obras y daba ánimo a quienes trabajaban en ellas. El gobierno departamental entregó dos leguas de terreno para que se vendieran y la suma re-

10 Archivo de la Parroquia Nuestra Señora del Pilar y San Rafael. *Libro VIII de Bautismos para el uso de la Parroquia Iglesia de N. Sra. Del Pilar y S. Rafael del Cerro Largo, empezado el día 22 de febrero de 1864*, f. 180.

11 Archivo de la Parroquia Nuestra Señora del Pilar y San Rafael. *Libro I de Confirmados. Villa de Melo, Cerro Largo*, febrero 13 1867, ff. 1 a 33.

unida se destinara a intensificar la construcción. Luego de cinco años de fatigas, el buen pastor vio culminado el edificio por el que tanto había luchado.

En mayo de 1876 se inauguró la nave central con una serie de festejos que duraron una semana. Sin duda que Montes realizó una labor eficaz que Vera reconoció y de la que dejó constancia en su segunda visita.

El Vicario arribó a la villa de Melo el 5 de setiembre de 1876 y permaneció hasta el 22 del mismo mes. Viajó con el doble objetivo de realizar una visita pastoral y «ofrecer a los habitantes [...] una misión religiosa»<sup>12</sup> (contó con la colaboración de dos sacerdotes de la Compañía de Jesús, Manuel Martos y Francisco Chelos).

Quedó gratamente sorprendido por el nuevo templo que había sustituido al humilde oratorio de 1867. Lo consideró en condiciones de «competir con las mejores Iglesias fabricadas en la campaña de este Vicariato». Destaca la constancia de Montes para concretar la obra y su dedicación a la cura de almas. El clérigo se hizo «justamente acreedor al aprecio y respeto de los vecinos de esta Villa y del Departamento por esta importante religiosa empresa y por las relevantes condiciones que distinguen su persona». Lo exhortó a continuar por esa senda para mayor gloria de Dios y bien de sus feligreses.

Es interesante apreciar que los conceptos vertidos por Vera en relación a Montes reflejan sus más profundas convicciones sobre el deber ser de la labor pastoral. Enuncia el repertorio de virtudes que debía reunir un clérigo en el contexto de su tiempo. Virtudes, por otra parte, que él procuraba encarnar en todas las dimensiones de su ministerio, desde el cuidado de la liturgia hasta el relacionamiento formal con las autoridades gubernamentales.

En la revisión de los libros constata que el finado cura Santiago Oses había hecho caso omiso de algunas recomendaciones formuladas en 1867. No firmó partidas bautismales que sus antecesores habían dejado sin rubricar. Autorizó a Montes a proceder a firmarlas y explicita su descontento porque esos sacerdotes faltaron «con tal proceder a lo mandado en el Ritual romano, y a uno de los deberes más serios de los Curas Párrocos, quienes son gravemente responsables de la conservación y exactitud de registros de tanta trascendencia como los que contienen los libros parroquiales».

Subraya la dedicación del sacerdote a la prédica del Evangelio y en la enseñanza del catecismo en la parroquia y en las escuelas. Para que pueda profundizar

12 Archivo de la Parroquia Nuestra Señora del Pilar y San Rafael. *Libro XI de Bautismos para el uso de la Parroquia Iglesia de N. Sra. Del Pilar y S. Rafael del Cerro Largo*, ff. 15-18.

la eficacia espiritual de su tarea, lo dota de algunas facultades que, en la época, se consideraban efectivas para estimular la práctica de las virtudes cristianas entre los fieles. Lo habilita a erigir cofradías como las del Carmen, San Luis Gonzaga, de Dolores y del Sagrado Corazón. La incorporación a estas asociaciones piadosas se consideraba muy favorable para obtener todas las gracias e indulgencias otorgadas por el magisterio de la Iglesia.

En los libros parroquiales se aprecia a un Vera en acción, en una suerte de “diálogo” con los pastores –Oses y Montes– a quienes les había confiado la responsabilidad de cuidar a pueblo de Dios que peregrinaba en el departamento de Cerro Largo.

Pasando por alto las observaciones y recomendaciones formuladas –que pueden parecer frías y formales– nos encontramos con lo exigido y lo dado por el Vicario. Exigía a sus sacerdotes cumplimiento estricto con las pautas canónicas y daba consejos para mejorar las prácticas pastorales. Reconvenía, pero también destacaba los aciertos. Les reclamaba perseverancia en el cumplimiento de sus obligaciones (predicación, celebración de los sacramentos). Los acompañaba espiritualmente con la oración y materialmente con una colaboración que se manifestaba, en especial, en las giras misioneras.

## 2. El obispo y su pueblo

Mons. Vera supo ganarse la estima y cariño del pueblo católico. Los autores que estudiaron su vida y obra son contestes en esto. Uno de los testimonios más gráficos es el de su primer biógrafo, Lorenzo Pons:

Son tradicionales su profunda abnegación, su completo desinterés y su gran modestia. [...] todo lo daba a los pobres, hasta las ropas de su uso, de manera que al recibir el nombramiento de Vicario Apostólico llevaba calzoncillos debajo de la sotana, porque no tenía pantalones; y se cuenta que, puesto que esto no era un misterio sino cosa muy sabida en la comarca, le regalaron unos que no usó mucho tiempo, porque compadecido de un pobre que fue a pedirle limosna y que andaba casi desnudo se los dio para que se abrigara.<sup>13</sup>

Se atribuye ese aprecio popular a la dedicación puesta por el pastor en su tarea evangélica. En realidad, existen indicios de que esos sentimientos se generaban no solo por la eficacia de la labor asociada a su investidura. El respeto, la

13 Pons, *Biografía...*, 56.

admiración y el amor de los católicos surgía de actitudes concretas del prelado con personas de los más diversos estamentos sociales.

En la correspondencia remitida a Vera y custodiada en el archivo de la Curia de Montevideo existen múltiples testimonios que lo avalan. Se trata de pedidos de ayuda relacionados con necesidades materiales o de carácter espiritual.

Resulta muy difícil desde el punto de vista metodológico –y supera los objetivos de este artículo– establecer con precisión la extracción social de los interlocutores de Vera. Todo hace suponer, en función del alto porcentaje de analfabetos que había en el país y del estilo de las misivas, que pertenecían a los sectores acomodados de la sociedad. Pero, de todos modos, se encuentran algunas cartas que parecen provenir de fieles con escasos recursos económicos, pero con cierta instrucción que les permitía dirigirse al clérigo, por sí mismos o por interpósitas personas. Es el caso de Dorotea del C. de Piñeyro quien, con motivo de enviarle unas manzanas a Vera para un viaje que haría a la campaña, le pide perdón, en una posdata, «por el estilo poco atento con que me dirijo nada menos que al Sor. Obispo, pero no se expresarme mejor y lo hago confiada en su indulgencia».<sup>14</sup>

Es interesante comprobar que la distancia simbólica que separaba en aquellos tiempos al pueblo creyente de su obispo parecía soslayarse cuando se trataba Vera. Esto se explica por el aprecio unánime que generaba el primer prelado oriental entre sus diocesanos. Lo veían como un padre solícito que estaba siempre dispuesto a atenderlos, aconsejarlos y remediarles –en la medida de sus posibilidades– los problemas que los aquejaban.

Hay varios pedidos de ayuda económica formulados por católicos pobres que estaban atribulados por contratiempos de todo orden.

Juan Ignacio Rico, un feligrés originario de Canelones y recientemente arribado a Montevideo, encontró a su hijo enfermo. Como carecía de recursos económicos para atenderlo le escribió al «Excelentísimo Señor Vicario Apostólico» confiado de que «su bondadoso corazón se digne socorrerme con lo que su conciencia le dicte». Promete que cuando el convaleciente se recupere, irían «a darle las gracias a Dios y a su Señoría Ilustrísima y Reverendísima».<sup>15</sup>

En el siglo XIX, cuando había un deceso, toda la familia incorporaba el luto en la vestimenta y en la ornamentación de la casa. La duración variaba, algunas

14 Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Vicariato Apostólico. Correspondencia de Mons. Vera. Carta de Dorotea del C. de Piñeyro a Mons. Jacinto Vera, s/d. Caja 32, carpeta 7/8.

15 Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Vicariato Apostólico. Correspondencia de Mons. Vera. Carta de Juan Ignacio Rico a Mons. Jacinto Vera, s/d. Caja 32, c 7/8.

personas llegaban a portarlo durante toda la vida. Para la piedad popular era un signo exterior de duelo. No todos los católicos podían solventar el costo de esta indumentaria.

Rosaura A. de Silva se contactó con Vera debido a que tuvo «la desgracia de perder algunas personas de su familia» y se encontraba «sin tener con qué poner luto». Para «salir a la calle» debió «pedirlo prestado el luto». Pero, ante la necesidad de ponérselo «por más tiempo pido a Ud. quiera ayudarme en lo que pueda». <sup>16</sup> No sabemos si le pedía directamente dinero o una recomendación para que alguien, con más recursos, le prestara los atavíos correspondientes. Lo seguro es que Rosaura estaba persuadida de que su pastor haría lo necesario para ayudarla.

Problemas materiales y necesidades espirituales se conjugaban, en ocasiones, cuando las limitaciones económicas o las distancias impedían adquirir objetos de culto o devocionales para cumplir con los deberes de un buen cristiano. Fue este, por ejemplo, el caso de Luis Vigelbacher. Se trataba de un maestro del pueblo del Carmen (departamento de Durazno), muy preocupado por la salvación eterna, que le escribió a Vera en estos términos:

Hace ya algún tiempo, que he tomado a lo serio la salvación de mi alma [...], hago largas oraciones de rodillas y recibo con frecuencia los santos Sacramentos [...], pero todo eso me parece poco o nada [...]. Tengo el “Ancora de Salvación” y en él leo que se pueden ganar muchas indulgencias teniendo medalla o crucifijo bendecido [...] yo no tengo nada de eso [...], me he dirigido a Ud. para pedirle, que me mande un crucifijo bendito o alguna otra cosa o dirección [...] que me facilite el ganar indulgencias.<sup>17</sup>

Tal vez, en este caso, no existieran dificultades económicas, pero sí el anhelo de obtener certezas en orden a la salvación. Todo cristiano tenía presente la necesidad de llevar su vida por los carriles morales marcados por la Iglesia para estar preparado en el momento del tránsito final y alcanzar la salvación (o por lo menos ingresar en el Purgatorio y saldar allí las cuentas pendientes).

Uno de los problemas más importantes que le generaron a la Iglesia las leyes secularizadoras de 1879 y 1885 fue la notoria disminución de los ingresos parro-

16 Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Vicariato Apostólico. Correspondencia de Mons. Vera. Carta de Rosaura A. de Silva a Mons. Jacinto Vera, 9 de setiembre de 1878. Caja 32, carpeta 7/7.

17 Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Vicariato Apostólico. Correspondencia de Mons. Vera. Carta de Luis Vigelbacher a Mons. Jacinto Vera, 11 de julio de 1879. Caja 305, carpeta 14.

quiales por concepto del cobro de derechos por la administración de sacramentos y servicios religiosos. En el Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo hay muchas cartas dirigidas a los obispos solicitando rebajas o dispensas.

En 1878 un oficial de la Jefatura de Montevideo intercedió ante Mons. Vera en nombre de un sargento –seguramente analfabeto– que pretendía contraer nupcias. Pero que «para efectuarlo tiene que vencer infinidad de dificultades a causa de falta de recursos pues su sueldo es sumamente reducido [...]. En esta virtud, el objeto de mi recomendación, es el de pedirle quien como otras veces, ha tenido la disposición de hacerlo, otorgarle los permisos necesarios previa exoneración de derechos».<sup>18</sup>

No era la primera vez que este oficial recurría a él solicitándole la exoneración referida. Si bien las dificultades económicas de la Iglesia eran muchas, Vera no estaba dispuesto a trabar las intenciones de quienes deseaban cumplir con los preceptos.

La estrechez económica y material fue un problema estructural que afectó de manera transversal a todos los estamentos de la Iglesia y que se hacía sentir con particular intensidad fuera de Montevideo. En ocasiones los curas no podían bautizar por falta de crismas, útiles litúrgicos muy escasos. Existen múltiples testimonios que revelan situaciones dramáticas desde el punto de vista pastoral y litúrgico.

El Padre Juan Cordano, del pueblo 25 de Mayo, le rogó al obispo que «tuviera la bondad de mandarme una crismas para los santos óleos, porque no habiendo en la Florida más que una no es posible traerla todos los domingos a este pueblo, y ayer dejé de bautizar a dos criaturas por falta de óleos».<sup>19</sup> Los recursos del curato local no daban para solventar la compra del útil litúrgico. No era un problema menor. Se trataba de un sacramento fundamental para la iniciación cristiana y para la salvación del alma, en especial en una época en que la mortalidad infantil eran un verdadero flagelo. El sacerdote sentía que estaba faltando a su deber y manifestaba su pesar.

El cura vicario de Melo, el citado José Montes, también sufría las dificultades económicas: «Por este mismo correo envío a S.S. Ilma., en pliego cerrado, las partidas a que alude el papelito: creo sean las mismas que S. Ilma. me pide. No

18 Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Vicariato Apostólico. Correspondencia de Mons. Vera. Carta de un oficial de policía a Mons. Jacinto Vera, 30 de agosto de 1878. Caja 31.

19 Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Vicariato Apostólico. Correspondencia de Mons. Vera. Carta del Padre Juan Cordano del Pueblo 25 de Mayo a Mons. Jacinto Vera, 21 de diciembre de 1874. Caja 305, carpeta 13.

van en papel sellado como correspondía por la absoluta carencia de el en este Departamento».<sup>20</sup>

La pobreza edilicia y ornamental de los templos de campaña era notoria y provocaba reclamos por parte de los fieles que querían dignificar su lugar de culto. Algunas capillas de parajes apartados carecían de los elementos necesarios para la realización de ceremonias religiosas.

Los feligreses colaboraban, en la medida de sus posibilidades para remediar esos problemas. Uno en particular, de quien desconocemos el nombre, comenta: «[...] como estuve días pasados en el Pueblito de Sarandí en el Paso del Rey y estuve dentro de la iglesia y hablamos con el Teniente Cura Don Rufino que el altar no era más que un cajón ordinario y yo como estoy acá cerca, si Ud. haya bien yo haría el altar sea de madera o de ladrillo».<sup>21</sup> Se trataba de un hombre con habilidades manuales que manifestaba su intención de colaborar en el ornato del templo y, lo que es más importante, con la dignificación del altar.

Una de las ocasiones en que se manifestó de manera más clara el aprecio del pueblo católico hacia Vera fue con motivo de su exilio en Buenos Aires (8 de octubre de 1862 al 23 de agosto de 1863). Las expresiones de solidaridad por parte de los feligreses fueron múltiples.

Mientras duró el destierro le enviaban mensajes de afecto y apoyo. Muchos católicos experimentaban sentimientos de tristeza y desprotección. Sentían, de manera literal, la ausencia de un “padre” amoroso y solícito que, por razones no deseadas, debió ausentarse. Lo expresa de manera contundente una mujer llamada Juana Romero: «Mi respetable Señor, después de saludar a Ud. con el mayor respeto que me es posible no le he hecho antes por no tener capacidad para dirigirle una carta. Mas confiada en su mucha bondad lo hago con el fin de saludarlo y que siempre estamos como los niños del limbo esperando su venida».<sup>22</sup>

Los indicios sugieren que, por todo el territorio nacional, miles de personas elevaron sus preces al Creador. Destaca la misiva de Juana Toledo que testimonia esta verdadera ola de oración que se extendió por toda la República:

20 Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Vicariato Apostólico. Correspondencia de Mons. Vera. Carta de José Montes a Mons. Jacinto Vera, 18 de setiembre de 1871. Caja 32, carpeta 7/7.

21 Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Vicariato Apostólico. Correspondencia de Mons. Vera. Carta de un feligrés a Mons. Jacinto Vera, s/d. Caja 305, carpeta 32.

22 Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Vicariato Apostólico. Correspondencia de Mons. Vera. Carta de Juana Romero Dorotea a Mons. Jacinto Vera, 5 de febrero de 1863. Caja 15, carpeta 4/2.

Una humilde servidora y Comadre de SS. Ilma. tiene el honor de saludarle respetuosamente y manifestarle al mismo tiempo, que cuando mi digno Compadre salió desterrado de esta Provincia tuve tal sentimiento que me postré delante de una imagen del Bendito San Antonio de Padua cuya devota soy y le supliqué humildemente con todo el fervor de mis cortas oraciones, que alcanzase de Dios Nuestro Señor le dejase volver a la Banda Oriental a ocupar siempre su misma dignidad [...]. Algo más si fuera posible [...] Don Jacinto se sirviera celebrar una Misa cantada en honor de San Antonio, y que cuando no la pudiese efectuar personalmente me mandase avisar lo más pronto que le fuese posible para yo mandarla celebrar con otro sacerdote pues me considero deudora pues el milagro de mi santo abogado está bien patentizado.<sup>23</sup>

La nota está fechada en agosto de 1863. Aunque no figura el día, fue –seguramente– a fin de mes, debido a que el 22 de agosto le autorizaron volver a Uruguay. La autora da cuenta de su profunda adhesión al prelado. Refleja una actitud compartida por la mayoría de los católicos uruguayos: recurrir a los santos hacia los que sentían mayor devoción pidiendo, por su intercesión, el fin de una situación que consideraban una afrenta para la Iglesia y una vergüenza para el gobierno nacional.

Muchas “Juanas”, con seguridad, elevaron sus preces al Padre rogando protección para el querido Vicario y una rápida solución para su situación.

La frecuencia de los pedidos, la seguridad expuesta por los solicitantes de que su necesidad sería atendida y el agradecimiento que manifestaban por adelantado, son indicios que permiten suponer que no se trataba de casos aislados. Los peticionantes refieren de manera sistemática la buena voluntad del prelado para con los más postergados.

## Conclusiones

Es probable que, en poco tiempo el primer obispo de Uruguay sea beatificado. Su elevación a los altares será el reconocimiento oficial, por parte de la Iglesia, de lo que fue un sentimiento unánime en el pueblo católico desde el 6 de mayo de 1881 (día en que partió para la casa del Padre): don Jacinto era un santo. Los testimonios recogidos por el Padre Pons, con el propósito de escribir su biografía, así lo indican.

23 Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Vicariato Apostólico. Correspondencia de Mons. Vera. Carta de Juana Toledo a Mons. Jacinto Vera, agosto de 1863. Caja 15. c. 7/8.

La tradición popular sobre la pureza y abnegación de Vera nació del amor incondicional que el pueblo de Dios experimentó hacia él.

Clérigos como el Padre Montes imitaron su celo apostólico en el trabajo pastoral en los rincones más alejados de la patria. Laicos —o seculares, como se decía en la época— de toda condición social recurrían a su socorro material o espiritual, convencidos de que serían atendidos en sus necesidades.

Cuando don Jacinto fue injustamente desterrado, la —casi— totalidad de los católicos hicieron como Juana Toledo: orar pidiendo el imperio de la justicia y el retorno del querido pastor. Hoy, en la expectativa de su beatificación, también nosotros elevamos nuestras preces al Padre para que, por su intercesión, bendiga a la patria oriental.

## Bibliografía

- Álvarez Goyoaga, Laura. *Don Jacinto Vera, el misionero santo*. Montevideo: Sicut Serpentes - Doble Clic, 2010.
- Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Vicariato Apostólico. Correspondencia de Mons. Vera. Caja 15, carpetas 4/2, 7/8; Caja 32, carpetas 31, 7/7, 7/8; Caja 305, carpetas 13, 14, 32.
- Archivo de la Parroquia Nuestra Señora del Pilar y San Rafael. *Libro VIII de Bautismos para el uso de la Parroquia Iglesia de N. Sra. Del Pilar y S. Rafael del Cerro Largo, empezado el día 22 de febrero de 1864*.
- . *Libro XI de Bautismos para el uso de la Parroquia Iglesia de N. Sra. Del Pilar y S. Rafael del Cerro Largo*.
- . *Libro I de Confirmados. Villa de Melo, Cerro Largo*.
- Barrán, José Pedro. *Iglesia Católica y burguesía en el Uruguay de la modernización (1860-1900)*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias, 1988.
- Caetano, Gerardo y Roger Geymonat. *La secularización uruguaya. Catolicismo y privatización de lo religioso (1859- 1919)*. Montevideo: Taurus, 1997.
- Dicasterium de Causis Sanctorum. *Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis Hyacinthi Vera*. Montevideo: 2012.
- González Merlano, José Gabriel. *Varela y Vera. Dos visiones sobre la religión en la escuela*. Montevideo: Tierra Adentro Ediciones, 2011.
- . *La Memoria del justo será eterna. Notas para el Bicentenario del nacimiento de Mons. Jacinto Vera*. Montevideo: LEA Publicaciones, 2013.

- . *Libre sin licencia y súbdito sin servidumbre. Mons. Jacinto Vera: Hechos y Palabras*. Montevideo: Facultad de Teología del Uruguay Mons. Mariano Soler, 2022.
- Instituto Teológico del Uruguay “Mons. Mariano Soler”, ed. *La Iglesia en el Uruguay. Libro conmemorativo en el primer centenario de la erección del Obispado de Montevideo. Primero en el Uruguay. 1878-1978*. Montevideo: ITU, 1978.
- Pons, Lorenzo. *Biografía del Ilmo. y Revmo. Don Jacinto Vera y Durán, primer Obispo de Montevideo*. Montevideo: Talleres A. Barreiro y Ramos, 1905.
- Zubillaga, Carlos y Mario Cayota. *Cristianos y cambio social*. Montevideo: CLAEH - EBO, 1982.